

ACTUALIDAD VALENCIANA



EXPORTACION DE CITRICOS

En lo que va de exportación cítrica desde el comienzo de su temporada hasta el 23 de marzo, las salidas al exterior han ascendido a 943.497 toneladas.

Los principales países compradores han sido:

República Federal Alemana, 351.650 toneladas; Francia, 203.141; Inglaterra, 81.727; Holanda, 77.721; Bélgica, 59.647; Suecia, 34.714, y Suiza, 25.879 toneladas.

En la temporada se han exportado 18.560 más que en la temporada precedente 1967-68.

Durante la semana del 17 al 23 de marzo último se han exportado 25.251 toneladas.

Unos días de fríos muy rigurosos han producido daños en algunos puntos de la provincia; en los almendros, donde había fruto cuajado; en las vides; en los naranjos, donde el daño afectó especialmente a la flor del azahar.

A unas nueve mil pesetas se está cotizando el kilo de azafrán es el mercado de Membrilla (de la provincia de Ciudad Real), precio que se considera muy inferior al de hace dos años, que alcanzó las 18.000 pesetas. El hecho de que el azafrán haya descendido en su precio de modo tan notable —dicen desde Membrilla— puede radicar en que este producto ya no se exporta y todo queda en los mercados españoles. El término de Membrilla es quizá el que produce más azafrán en aquella provincia, y este cultivo tiene bastante importancia, ya que ayuda a vivir a numerosas familias. En la actualidad preparan ya el terreno para, dentro de unas semanas, comenzar la labor de plantar la cebolleta azufrana, que dará su fruto en octubre y noviembre.

A partir del primer de abril, y como consecuencia de la entrada en vigor del horario de verano, Iberia, Líneas Aéreas de España, ha inaugurado las siguientes rutas:

Madrid-Johannesburgo, dos veces por semana con salida de Madrid los viernes, a las 8, llegando a Johannesburgo a las 22'45 horas, y los martes con salida de Madrid, a las 10'30 horas, y llegada a Johannesburgo a las 22'45 horas.

Madrid-Montreal, dos veces por semana, miércoles y domingos. Salida de Madrid, a las 15'30, llegando a Montreal a las 18'15.

Lunes y jueves, Montreal-Madrid. Salida a las 20'10 de Montreal y llegada a Madrid, a las 7'50 horas.

Madrid-Guadalajara (Méjico), dos veces por semana, lunes y viernes, con escala en Santo Domingo y Méjico, y saliendo de Madrid, a las 14'30 horas, llegando a Guadalajara a las 23 horas.

Guadalajara-Madrid, saliendo de allí martes y sábados, a las 11. Llegada a

Con alegría hemos leído en «La Vanguardia Española», de Barcelona —y reproducimos a continuación—, este artículo que es testimonio del total restablecimiento de nuestro don Marcelino Olaechea, así como de su siempre atinada clarividencia al enjuiciar temas muy vivos y candentes.

«A la muerte del cardenal Gomá, escribí un artículo titulado «El gran cardenal de España, en Navarra». Quería ser el artículo, en síntesis, la semblanza de aquel entrañable amigo, vecino mío en los casi tres años de la guerra, años de ansiedades, dolores y heroísmos.

Mucho admiré y mucho quise al cardenal Gomá; por lo cual es fácil que, al bosquejar la semblanza, me dejara llevar del corazón, aunque la verdad es que, relejéndola en estos días, me parece justa.

Decía yo que el cardenal Gomá de no tener los vuelos poéticos del profundo filósofo de Vich —porque Balmes los tuvo—, se expresaba con más pulcritud gramatical que él; añadiendo, como testigo presencial, lo que viene a cuento de estas líneas, y es que le sorprendí, a veces, una simpática debilidad: la mansa tierra que sentía él contra el estilo hueco y nebuloso, salpicado de palabras sacras que, desterradas de su casa solariega, eran pegadas a cosas temporales por los encendidos escritores de aquel sarampión literario.

Tal vez fuera su mansa tierra achaque de los años; pues confieso que a este «escribidor», que tiene ya los suyos, le pasa algo así cuando oye o lee expresiones confusas sobre el deber pastoral del sacerdote.

Se dice, verbigracia, en nuestros días, que «el sacerdote debe meterse en el compromiso temporal».

Un diálogo provechoso exigiría el previo acuerdo de las partes en la definición y contenido del compromiso temporal.

Suponiendo que «lo temporal» abarque las coyunturas, o, mejor dicho, las estructuras —palabra tan de moda— económicas, sociales y políticas que rodean al sacerdote, cabría preguntar de dónde le venga el presunto deber de comprometerse en ellas a un hombre «tomado de entre los hombres, en favor de los hombres, constituido para las cosas que miran a Dios...»

Es verdad que todas miran a El; pero unas, de por sí (las de liturgo, maestro de fe y moral, rector y santificador de las almas) y otras no de por sí. En las dejadas por Dios a la libre disputa de los hombres, no puede comprometerse el que acogió de propia voluntad la llamada divina, y se dejó tomar por la

«Encarnación del sacerdote en el mundo»

consagración sacramental de entre los hombres, para meterle «ad vitam» en el compromiso espiritual.

Sin traición a él, no puede meterse en el temporal en la forma, ni con las armas, aun lícitas, de los otros hombres. Las suyas son el Evangelio y el amor de padre para todos. No puede ser parte en el pleito de los hombres el que es «hombre de Dios».

Pero no es precisamente en esta expresión, sino en otra más oscura, más dura y más peligrosa, en la que pienso detenerme: la que encabeza estas líneas.

Confieso paladinamente que no entiendo el sentido que se quiere dar a la tan traída y tan llevada «encarnación del sacerdote en el mundo»; a pesar de haber consultado el diccionario de la lengua y haber repasado las Constituciones, Decretos y Declaraciones del Concilio Vaticano II. En ninguno de los magistrales documentos del Concilio se habla de «encarnación del sacerdote en el mundo».

Creo, por otra parte, que si a alguien se pueden aplicar con mayor rigor las palabras del Maestro: «Vosotros no sois del mundo», es al sacerdote.

Se me objetará que no es menos verdad que, si de alguien se puede decir con mayor rigor que es para el mundo, es del sacerdote.

Cierto. Tan cierto, que se puede decir que el Concilio Vaticano II se vuelca en recordar con detalle y en urgir la donación del sacerdote al mundo. Basta hojear la Constitución dogmática de la Iglesia, la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy, el Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros y el del oficio pastoral de quienes tienen la plenitud del sacerdocio, para persuadirse que es exhaustiva la exigencia del Concilio en tal sentido.

Exige el Concilio al sacerdote —tenga o no la plenitud de ordenación— que conozca a sus ovejas y se haga conocer de ellas como verdadero padre; que las conozca tal como son al presente, y preste para ello oído a los expertos y a los modos, y hablar y sentir de nuestros tiempos para conocerlos y presentar mejor la palabra de Dios; que esté dispuesto a entrar

por nuevas vías pastorales; que practique la accessis propia del pastor de almas; que renuncie a sus particulares intereses, sin buscar la utilidad propia, sino la de los otros; que para la edificación de la Iglesia trate a todos, a ejemplo del Maestro, con eximia humanidad, recordándole que se debe de un modo particular a los pobres y a los más débiles; que al regir y apacentar en la fe, levante la esperanza de los fieles, particularmente de los que sufren; le dice, por fin, que se sienta movido por la caridad del Buen Pastor hasta dar la vida por las ovejas.

¿Qué otra exigencia, además de éstas, entraña la presunta «encarnación» del sacerdote en el mundo?

Con sinceridad, exigencias así, ¿no las han vivido en su tiempo miles y miles de sacerdotes, dejando algunos obras de apostolado tan bien cimentadas, que han resistido, en su esencia, el roer de los siglos?

Que hoy, por la confusión y falta de fe del que corremos, se impone no sólo intensificar la labor pastoral, sino ir la llevando a cabo a tenor del feliz progreso y de las coyunturas económicas, sociales y políticas del mundo, es verdad; pero no es menor la de que el sacerdote sea y se proyecte siempre y en todas partes, sacerdote; y que airear esa su confusa «encarnación en el mundo» entraña el riesgo de que se le empuje a quedarse sólo en... hombre.

En la divina Encarnación, al tomar cuerpo mortal la segunda Persona de la Trinidad Augusta, no dejó de ser Dios, ni de divinizar en Ella todos los actos, todas las vibraciones de su sacratísima Humanidad; pero el sacerdote, por la triste condición de la naturaleza y ante el halago, hoy más que nunca seductor, del mundo que le rodea, corre el riesgo de colgar la sotana y el «clergyman» de una cercana higuera, para ser uno más, y fácilmente no el mejor, en la rueda de los hombres. ¿No nos lo viene contando con lágrimas la historia de la Iglesia?

Sin la tal incomprensible «encarnación del sacerdote en el mundo»,

si cuanto le exige el Concilio mana como agua de pie de su amor a Jesucristo; y de la sincera vivencia en El, saca el amor a los fieles y no fieles a tenor de la trayectoria que le marca el Pastor de los pastores y su cercano Pastor en comunión con él, no cabe duda de que promoverá, no sólo religiosa, sino económica, social y políticamente a los hombres, y que éstos, por sí, y no él, mejorarán o cambiarán a la luz del Evangelio, en paz y orden, las estructuras que procedan.

Tenia razón el canónigo señor Rocafull al decir —según me refirió un día el patriarca de los sociólogos españoles, don Severino Aznar, que me honró con su amistad— que no hay en el Evangelio una solución a la cuestión social. Bastaría para persuadirse leer la parábola del dueño de la viña y los jornaleros. No, no tiene el Evangelio una solución. Tiene todas las buenas. Es la semilla o fuente de la que brotan ellas, y que van descubriendo los hombres a través de tiempos y coyunturas.

De esa semilla y fuente es custodio sacro el sacerdote, no como siervo sino como amigo de Jesucristo, que al confiarle todo el mensaje del Padre, no le habló ni de ciencias ni de letras, sino de las cosas del Reino de Dios.

Otro recuerdo, pero muy reciente. Han llegado a mis oídos las palabras de un padre jesuita, a quien ciertamente no se le puede tildar de conservador, ni tradicional. Es sacerdote que habla con lengua de apóstol y escribe a cincele en favor de los escasos de pan y faltos de casa y de cultura.

Si es verdad la referencia, sus palabras —no sé si en conferencia o charla— fueron éstas: «Decir que el sacerdote debe encarnarse en el mundo, es decir una tontería».

Yo diría que es una oscuridad o una vaguedad muy peligrosa.

Tiene, querido padre, émulos de lengua y de pluma; unos las usan con serenidad del tratadista, otros con la rudeza iconoclasta de la irresponsabilidad; pero usted, no sólo predica sino que da trigo; vive pobre entre pobres y para pobres. Dios quiera que le emulen los otros, que obras son amores y no buenas razones.

Si no fuera tan verdad el refrán de «es viejo Pedro para cabrero», yo, sin pensar emularle en la prédica, rompería con los nudillos de mi mano, para ser su zagal, la puerta de la chabola.

† MARCELINO, arzobispo dim. de Valencia

ORGANIZACION SINDICAL

Las III Jornadas Nacionales de Crédito y Financiación se celebrarán en Valencia

tino al próximo curso escolar 1969-1970.

ganización Sindical 50 becas, que importan 1.500.000 pesetas. Para

cales se hace con la intención de que el becario seleccionado no lo sea solamente para el año académico señalado, sino que se le reconozca implícitamente la renovación automática de beca hasta finalizar sus estudios e incluso después de éstos, cuando tratan de preparar oposiciones a cátedra o para ingresar en cuerpos oficiales